

De rumores y otras cosas de pueblo

Patricia Bargeró, El esfuerzo conjugado, invierno 2022

“Lo difícil a veces es hacerse invisible”.

Ricardo Piglia

Un niño juega. Recorta imágenes, dibuja, maquilla. Hace listas con nombres de mujer: rostros, poses, máscaras. En sus manos: cartoncitos, marionetas, muñequitos que hablan, dicen, cuentan. No hay modo de hacerlos callar. Puto de mierda.

Llevar un cuerpo como un insulto. No poder ocultarlo, porque en un pueblo no hay donde esconderse. El hombre que escribe lo sabe, por eso inventa un lugar en el que hay primaveras públicas y privadas, en el que siempre alguien queda protegido por el silencio.

En el Coronel Vallejos de *Boquitas pintadas* acaba de fallecer Juan Carlos¹. A varios kilómetros de allí Nené abre la revista *Nuestra Vecindad* y lee el obituario. Busca papel y lapicera. Encuentra un recorte publicado en esa misma revista, años atrás, y lo envía. Es un artículo en el que se habla de aquel baile en el que conoció al joven que ha muerto.

El escritor se divierte, muestra a medias, oculta. Esconde una foto. La mete entre dos libros, dentro del forro de una bolsa de agua caliente, y la guarda entre las sábanas de hilo, en un cajón del ropero, en la habitación de una señorita. La imagen es de un picnic de la primavera en 1935. Juan Carlos tiene una copia, y la exhibe en su álbum como un trofeo. La que esconde Mabel está marcada, como su cuerpo, reescrito cada noche, a escondidas. El texto tiene errores de ortografía propios de un hombre que no es inglés, que no es estanciero, que está enfermo, al que hay que ocultar de la mirada del padre como a un negro orillero.

En una comunidad pequeña no existe la privacidad. Todo acto y movimiento forman parte de un tejido de miradas y voces que se entrelazan diariamente sobre sus calles. Todo lo observado o sospechado se convierte en relato compartido, multiplicado. Pervertido.

El chisme circula porque nosotros, hartos ya de los mismos rostros, de hechos y situaciones repetidas, necesitamos aferrarnos a algo que nos dé sentido hasta la mañana siguiente. El agregado es inevitable. El que relata necesita convencer al otro de que tiene algo nuevo para decir.

Pero el rumor no es solo sustantivo. También es verbo: *chusmear*, *sacar el cuero*. Despellejar al otro, quitarle la piel, desollarlo vivo, sin que tenga la mínima posibilidad de defenderse.

José Luis Chavarri visitó a Manuel Puig en 1986, cuando el escritor vivía en Río de Janeiro. Lo había conocido en su niñez, vivía a la vuelta de su casa, y aunque estaban separados por algunos años de edad, se cruzaban diariamente en el pueblo.

¹ Juan Carlos, Nené y Mabel son personajes de la novela *Boquitas pintadas* de Manuel Puig, publicada por Sudamericana en 1969.

Manuel se vestía como ninguno, y poseía juguetes que sus vecinos y compañeros de escuela desconocían. Tenía una bicicleta, cromada, con una luz a dínamo, y la sacaba todos los días a la puerta de su casa, pero no la montaba. Los chicos del barrio se acercaban a verla, la miraban en detalle, la tocaban. Querían descubrir qué misterio producía esa luz. Él los dejaba acercar, pero no se las prestaba. Cuando el padre salía a la calle lo instaba a acompañar a los demás chicos al parque. Ellos repetían la invitación, solo con la esperanza de que en algún momento les permitiera usarla.

Los varones que lo recuerdan cuentan de él: no jugaba a la pelota, ni a las cartas, no andaba en bicicleta, iba a la pileta del Club Atlético con un libro, solo a leer.

Era distinto al resto. Se destacaba entre los otros, se diferenciaba de los demás, repite cualquiera que lo haya conocido. Todos hablan de su inteligencia, y de su generosidad. Yo desconfío de esas voces, creo que no me cuentan lo que sentían ante ese chico tan pulcro, tan cuidadoso de las formas, que siempre intentaba sobresalir.

Helena y Raquel Piña vivían a una cuadra de su casa. La mayor era su compañera de escuela y se reconocía como la *Alicita* de su primera novela². Manuel compartía con las hermanas horas de juego y representaciones de las películas vistas en el cine. Ya sobre la noche, a la hora de cenar, Male ponía fin al encuentro y los enviaba hasta el club Eclipse a buscar a Baldomero.

Las hermanas recuerdan una noche puntual: Manuel hace esas casi dos cuerdas bailando, con movimientos ampulosos y muchos giros. Repite los vales de Strauss ejecutados en la pantalla grande. Gira alrededor de los árboles, de sus amigas, tararea. Reproduce las coreografías desplegadas por sus divas³ en *La viuda alegre*, *El gran Ziegfeld*, *El gran vals*.

Manuel es Jeannette MacDonald, Irene Dunne, Ginger Rogers. Pero sus movimientos se paralizan ante la mirada del padre.

Es tan fácil reconocer las señales: el diferente molesta, altera, nos saca de quicio. Hay que hacérselo saber, marcarlo en cuanto se lo descubre, subrayarlo públicamente. No darle lugar, para que lo sepa bien clarito y no le quepan dudas. Hay que empujarlo fuera de todo círculo de pertenencia, mandarlo a destierro.

Necesitamos encender la maquinaria para reestablecer el orden. Nuestros relatos nos reencuentran, nos tranquilizan, nos restituyen a nuestros sentidos comunes y la paz cotidiana.

El padre

² *La traición de Rita Hayworth*, de Manuel Puig, publicada en 1968 por Jorge Álvarez.

³ *La viuda alegre* (1934) de Ernst Lubitsch, *Roberta* (1935) de William Seiter, *El gran Ziegfeld* (1936) de Robert Leonard, *El gran vals* (1938) de Julien Duvivier y Josef von Sternberg,

Diarios y revistas de Villegas de aquellos tiempos recuerdan a Baldomero como un emprendedor creativo: fabrica una desnatadora y una máquina fraccionadora de queso al peso exacto⁴ mientras viven en Villegas. Cuando se trasladan a Buenos Aires desarrolla las primeras ollas a presión ionizadas, que llevaron la marca Puig, y que he visto en alguna cocina villeguense.

Baldomero es además quien introduce a Manuel en el mundo del cine, lo sube hasta la sala de máquinas, porque la oscuridad de la sala lo asusta demasiado. Ahí le muestra los mecanismos, los rollos de película, las cintas donde los cuadros se repiten con pequeñas variaciones.

Manuel tiene apenas tres años y medio, y la película que está por ver es *La novia de Frankenstein*. Cuando los carreteles empiezan a girar y el chorro de luz se dispara a lo lejos, Manuel se aferra a la pequeña ventana que vincula la sala de máquinas con la sala mayor, hipnotizado por las imágenes que se proyectan sobre la pantalla. A partir de ese momento el cine se convierte en un ritual que lleva a cabo sagrada y diariamente junto a su madre. Siempre a la función de las seis de la tarde. Entran como se entra a un templo, y se ubican una y otra vez en el mismo lugar: fila 15, al medio.

Con el correr del tiempo, y ante la suma de miradas ajenas, Manuel irá levantando fronteras entre ambos, asumirá una postura alerta, siempre en huida.

*Papá quería que ingresara en su mundo, es decir, que aceptara jugar con otros chicos, que aprendiera a andar en bicicleta... Eso me creaba un gran conflicto. Mis recuerdos más lejanos están ligados a las sensaciones de un grandísimo malestar ante la gente y una enorme placidez durante las funciones de cine donde yo no era más que una mirada.*⁵

La promesa de Bebé

Bebé Cortés, prima de Manuel, se pregunta qué puede contar y qué no. Ella tiene cartas en las que Manuel relata hasta sus penurias más íntimas, pero no las va a publicar, no. Se lo prometió a él. *En una oportunidad, en chiste, le dije que me contara todo lo que quisiera, porque yo le prometía no vender ni mostrar sus cartas cuando él fuera famoso. Sería por la época europea-miserable de él, que la pasó jodido. Fue el primer tiempo, hasta que enganchó en Air France. Después de Air France, sus cartas son más humorísticas. Mirá las vueltas de la historia. Pero sigo fiel a ese chiste.*

Sus amigos Mario Fenelli e Ítalo Manzi publicaron las cartas que les había enviado, pero ella no lo hará. *En fin, no los critico para nada. Al contrario, pienso que las cartas de Mario e Ítalo van a ayudar a conocer al verdadero Manuel, no ya al de segunda o tercera mano.*

La contradicción la abruma, ¿lo que ella le hizo fue una promesa o un chiste?, ¿un personaje tan público como Manuel tiene, realmente, algo que pertenezca a la esfera privada? Las cartas que ella guarda serían importantes que vieran la luz, pero no, ella no podría. *Lo que pasa es que yo le hice*

⁴ La Idea. General Villegas, 27 de abril de 1944. La máquina, inventada por Baldomero Puig, considerado en su momento un aporte al comercio mundial por las desventajas de las máquinas usadas hasta ese momento, fue patentada por Baldomero en Argentina y Estados Unidos y las primeras fueron fabricadas en Junín en los talleres de Mattiazzi Hnos.

⁵ *Manuel Puig en sublime obsesión*: conversación con Diego Baracchini. Buenos Aires, Claudia, 1973.

*una promesa y listo*⁶.

El viaje de Ariana

Viaja en un tren de vagones chinos, nuevos y muy cómodos pero que, por el estado de las vías, tarda 12 horas en llegar. Casi lo mismo que le llevó a Male, en aquellos trenes ingleses, cuando vino a trabajar en 1929. También usados por Manuel cada vez que iba y volvía del Colegio Word de Ramos Mejía, mientras estuvo pupilo.

En ese momento Ariana estudia Literatura y ha escuchado sobre las movidas que se hacen en Villegas alrededor de la obra de Manuel Puig así que, además de todas sus hipótesis de estudio, viaja con otra intención: demostrar que aquel enojo de la comunidad con el escritor ante la aparición de sus primeras novelas y, años más tarde, ante el estreno de la película *Boquitas pintadas* de Torre Nilsson (1974), ha desaparecido. Que ya nadie desprecia al autor por la ficción que ha montado para ilustrar parte del entretejido presente en todo pueblo de provincia.

Recorre el andén, algunas cuadras del pueblo, se pregunta cuánto de Manuel hay por esas calles, cuántas veces habrá pasado él por allí, qué pensaba o sentía al hacerlo. Averigua por un hotel. Se registra. Es sometida a las preguntas de rigor: de dónde viene, si es la primera vez que visita el lugar, por qué motivos lo hace. Responde con una excitación casi adolescente y como toda respuesta escucha las primeras palabras que alguien le dirá en General Villegas sobre Manuel Puig:

-¡Ah! Ese puto mentiroso...

El malestar de Elsa

Elsa Alustiza es una docente jubilada que conocí en el Colegio de Hermanas donde estuve pupila, y donde Jorge y Manuel hicieron su catequesis décadas atrás. En ese momento yo estaba aquí para hacer cuarto y quinto años de la secundaria, y Elsa era docente en la escuela primaria, pero la vida nos siguió cruzando cuando decidí instalarme en Villegas para trabajar en la biblioteca pública.

Tiempo más tarde, durante sus últimos años, ni sé bien por qué motivos, volvimos a encontrarnos. Yo la llamaba por teléfono y hablábamos de encontrarnos, pero nunca lo hacíamos. Hasta que un día sí, ella me nombra las complicaciones arquitectónicas que hay para mí en su casa pero acepta gustosa venir a la mía.

Para moverse con más seguridad se maneja con un bastón, tiene algún problema en su cadera. Entra, mira el lugar, me habla de los dueños anteriores. Se detiene ante las fotos de Puig que hay diseminadas en las paredes.

-No, en el sillón no-. Necesita sentarse en una silla alta. Elige una pegada a la biblioteca donde hay libros de Manuel.

-Contame por qué te gusta tanto -me interpela.

Le explico lo que significó para mí aquella primera lectura y cómo se encadenó todo desde allí en más. Hablo y hablo, pero no la veo conforme, no como yo desearía. Cambio de argumentos. No. Hay

⁶ Carta de Alda Cortés Lariguét, 15 de abril de 2010

algo agazapado ahí, hasta donde no puedo llegar. Le pregunto qué le pasó a ella con sus libros, cómo se lo leyó en los primeros tiempos. No quiere hablar de eso. Pero sí de Danilo⁷. De su simpatía y bondad, de las cartas que escribía desde Cosquín a sus tías y a tanta gente del pueblo. Era bueno, amable, querido por todos, remarca. Les escribía desde las sierras, mientras trataba de recuperarse de su tuberculosis.

-Danilo no era todo eso que dijo Puig –siento el dolor.

La saco de allí, busco alguna forma de humor y por un momento lo logro. Nos reímos de Villegas, de nosotros en él, del modo en que nos vinculamos.

-Además, Elsa, no me va a decir que en todo pueblo no hay alguna infidelidad dando vueltas, algún par de cuernos y un montón de gente hablando de eso.

Se ríe, sí. Sacude la cabeza.

-Sí, por todos lados.

Es tarde y tiene que irse. Como podemos, nos damos un abrazo. Prometemos llamarnos y nuevos encuentros. No lo sabemos, pero esa es la última vez que estaremos juntas. Mis demoras de siempre en hacer los llamados que el otro espera y el deterioro de su salud nos impedirán cumplir el acuerdo.

La veo caminar hacia la puerta de salida, firme, apoyada en su bastón. Tiene aún aquel porte que le conocí en la escuela. Gira antes de salir, piensa, me mira seria:

-Sí, es verdad: acá hay muchos cuernos y todos hablamos de eso. Pero ¿escribir un libro? -dice señalándome con el bastón-. No. Eso no se hace.

⁷ Danilo Caravera es uno de los referentes con los que Manuel Puig construyó el personaje de Juan Carlos de *Boquitas pintadas*.